

## PROFESOR D. EMILIO GARCÍA ESTÉBANEZ IN MEMORIAM

Paloma Castillo Martínez  
*Asociación Internacional Amici Thomae Mori*

Hace un año ya de la muerte del Profesor Emilio García Estébanez, el dominico a quien vi dos veces en este mundo y al que espero encontrar algún día en la vida eterna. Ahora, al escribir estas líneas, mirando su pequeña fotografía, colocada junto a sus libros y a otras imágenes de personas queridas y también perdidas, me siento triste y rezo tratando de abrazarme a todos en la comunión de los santos.

Crecí escuchando aquello de que “*Dios escribe derecho con renglones torcidos*” y torcida estaba yo cuando, por causas que no vienen a cuento, encontré, *reencountre* la cultura inglesa de mi juventud en el mundo de Tomás Moro, el mundo de *Utopía*.

Ninguna persona de lengua castellana conocía tan bien como el profesor García Estébanez el complicado latín y el complejo universo de una obra, en apariencia tan simple pero tan terrible, tan renovadora, tan divertida y trágica, tan revolucionaria como es *Utopía*. Y aunque muchas han sido las traducciones a nuestra lengua, excelentes algunas, del famoso libro del Canciller de Enrique VIII, el hoy día “*patrón de los políticos*” Santo Tomás Moro, nadie como Emilio ha conseguido ser fiel al difícil estilo literario del autor.

*Utopía “autobiografía intelectual de su autor”* como la llama Emilio, es el deseo inalcanzable de un mundo mejor, denuncia de una situación brutal e injusta, primer grito contra “*la pobreza extrema de la gran masa y la insultante riqueza de la minoría*”, y también texto de esperanza y alegría para el hombre que espera y lucha por su esperanza.

Descubrí hace años la edición del Profesor García Estébanez y luego saber que había traducido y editado todas las *Utopías* renacentistas hizo que inmediatamente deseara conocerle. Le escribí pues, y me contestó sorprendiéndome su humildad y simpatía, y tiempo después hice conocer sus obras a la Asociación Internacional Amici Thomae Mori, constituida por eruditos de las distintas universidades europeas y americanas, dedicados durante treinta

años a la traducción y edición de la enorme obra completa de Tomás Moro, y luego Emilio me envió sus ya agotadas *utopías* con dedicatorias llenas de gratitud y modestia.

Aceptó venir a Oviedo a dar una conferencia que resultó un verdadero éxito, y para él una gran fiesta la cena y reunión de amigos que luego prosiguió hasta altas horas de la noche; creo que fue feliz.

Días después recibí una encantadora carta llena de agradecimiento. De ella transcribo unas líneas: *"quiero decirle como cosa aparte que estas tertulias que celebran por la noche en el hotel me parecen cosa 'guay'. Es lo que yo siempre he soñado. Tienen parecido con los diálogos de Platón y con tantos otros famosos que ha habido en la historia. Yo me hubiera quedado toda la noche"*. Me envió esta carta por Navidad, siempre llamándome *"Señora Paloma"*, pese a mis protestas, y luego pasó el tiempo sin escribirnos y pensé que nunca me llegaría yo a Valladolid, para volver a verle.

Hacia el verano de 2005 terminé un libro sobre Tomás Moro y le envié el manuscrito, pidiéndole fuera dura y sincera su opinión. Como pasaba el tiempo sin respuesta, le llamé y sufrí por las mil disculpas que me dio por su silencio. Cuando tiempo después repetí la llamada, alabó mi trabajo pero, añadió, *"prepárese para toda clase de humillaciones"*. Lo estoy, le dije, y sé que será un milagro que se publique.

Pero el milagro ocurrió a los pocos meses y cuando se lo conté, quedó muy sorprendido, y después de felicitar me habló de su enfermedad, de algo que yo ya presentía, y lo hizo con voz firme, serenamente. Disimulé la emoción prometiendo ir a verle, y empecé entonces a llamarle con frecuencia para oír su voz y su difícil respiración y saber que seguía trabajando.

El día anterior al Domingo de Ramos de 2006 sentí la absoluta necesidad de verle y viajé de noche para esperar la mañana y visitarle. Se me ocurrió pedir ayuda a Don Juan Carlos Cordero, el superior de los dominicos, a quien no conocía y con él preparé un pequeño truco, una excusa para así justificar mi presencia en Valladolid.

Sé que se alegró de verme y que hizo un gran esfuerzo físico y mental para darme una hora de charla. Hablamos de la enfermedad con tranquilidad aunque la angustia estaba presente en los dos. Me regaló su nueva y reciente edición de Campanella, recordando el disgusto que le había proporcionado en el 97 la de Tomás Moro, por los errores de imprenta que contenía. Si puede, le dije antes de marchar, siga aquí el tratamiento, no vaya a hospitales. *"Esa es mi intención y mis compañeros me cuidan estupendamente, tengo cuanto necesito"*, contestó.

Luego me acompañó hasta la calle y nos despedimos. Y cuando se dio la vuelta hacia el convento, permanecí unos minutos mirándole y observando su cansancio al alejarse, y lloré por él. De repente, ya muy distante se volvió y

me vio; yo alcé la mano y él respondió de igual modo a mi saludo, y supe, que era un adiós hasta la otra vida.

Continué llamándole una vez al mes, con miedo a que me dieran malas noticias, pero allí estaba él, cada vez con más fatiga en la voz, escuchándome, porque apenas podía hablar sin ahogarse. Esperaba la muerte con serenidad, trabajando cada día, aceptando todo, agradeciéndolo todo.

A primeros de enero, de camino hacia Oviedo desde Madrid, quise volver a verle y me quedé cerca de la ciudad, pero me rogó que no le visitara, pues estaba agotado, y seguí mi viaje.

A los pocos días supe de su muerte y le lloré como a un familiar querido.

Tengo, como he dicho, junto a sus libros una pequeña fotografía recortada de su libro sobre el Humanismo, y el Emilio joven, sano, inteligente y sabio sigue mirándome desde la biblioteca.

Rezo por él y le rezo constantemente, y le pido ánimo y fortaleza para seguir adelante en este difícil tiempo que nos toca vivir, y creo, creo firmemente, que me ayuda y consuela en el *trasiago* de cada día.

De vez en cuando releo sus textos pensando en el esfuerzo y trabajo que conllevan, y recuerdo nuestro breve tiempo de amistad, y le siento cerca y me siento afortunada por haber conocido al Profesor García Estébanez. Somos nuestras memorias y en mí ha quedado, como regalo de Dios, la imagen de Emilio volviéndose en la distancia, diciéndonos adiós en el cuerpo y saludándonos en nuestras almas. Encontrar algún sentido en la tiniebla que nos rodea, dice el Cardenal Hume, es empezar a ver. Que la temprana muerte de Emilio sea, como quería Tomás Moro en su propio epitafio, para todo aquel que le recordase, puerta abierta para la vida eterna.

Así, con la esperanza que da sentido a toda vida humana espero volver a encontrar a Emilio allí donde comprendiéndolo todo, abrazados todos al TODO, se secarán nuestras lágrimas terminada la gran Tribulación.